

Hay momentos en la vida de una persona que cambian el curso de los acontecimientos, y que la marcan para siempre. Momentos en los que se detiene el tiempo, los nervios afloran y se hace pesado el respirar. Instantes en los que el protagonista sabe que lo que está ocurriendo cambiará su vida y la de los suyos. Instantes, en definitiva, como el del cuatro de julio de 1973. Ese día, en el Hospital Real y como resultado del entusiasmo y del dinamismo del excelente pintor y crítico de arte Lorenzo Ruiz de Peralta, se consiguió reunir una completísima antología de la pintura granadina del momento. La exposición, en conjunto, hablaba muy alto del arte de nuestra ciudad, arte encabezado por el maestro Gabriel Morcillo, y entre las que encontrábamos obras de Ignacio Belda, José Ortuño, Manuel López Vázquez, Cayetano Anbal, Claudio Sánchez Muros, Gabriela Bergmann, Antonio Moscoso, Manini Ximénez de Cisneros, Jesús Sánchez León, Rafael Revelles, entre otros. Ese y no otro, fue el día en el que un humilde Manuel Rodríguez mostraba su surrealista obra junto a los que serían, más tarde, sus compañeros y amigos.

Han pasado muchos años, toda una vida, y ahí sigue, mostrando una visión propia de la realidad, tan personal y única que no pocos críticos la han estudiado y elogiado. De lo que fue el germen de su obra por aquellos años, hasta lo que vemos en la actualidad, hay un perfeccionamiento ingente, un desarrollo formal, un colorido y una idea radicalmente nueva. Pero, pese a todo, y a los avatares de la vida que en su caso fueron siempre amplios, siempre queda la persona. Ese hombre modesto, inocente y bueno. Un personaje que tuvo que ser dos, porque junto a su esposa (quien lo valoró como tal desde el primer momento) planeó una dilatada carrera y una obra prolífica.

Han sido muchos los éxitos cosechados. En casi cuarenta años le ha dado tiempo a conseguir premios en capitales de la talla de Nueva York, Florencia o Roma, ser reseñado en catálogos y libros de carácter internacional, su obra se ha mostrado por rincones tan remotos como Puerto Rico y tan cercanos como Albolote, pasando por París, Madrid, San Sebastián, Barcelona... Sin embargo, y en la madurez de su obra, lo que a Manuel Rodríguez le llena es el reconocimiento del público. Ese espectador anónimo que se acerca a su pintura, y que de un modo espontáneo disfruta. Ese es su premio.

Estos últimos meses han sido entrañables, pues junto a los preparativos propios de una muestra pictórica, hemos disfrutado de largas charlas, reuniones y reencuentros con antiguos amigos (y recientes, que los nuevos también lo son). El deseo que guiaba a este catálogo era el de conocer las impresiones que la pintura de Manuel Rodríguez provocaba en protagonistas de heterogéneas disciplinas, personajes ilustres de la cultura, el arte, del mundo académico, del teatral, del musical... de tantos y variados ámbitos. Creemos que se ha conseguido, están presentes exdirectores del Museo del Prado y Bellas Artes de Sevilla; catedráticos/as de arte, historia, música, psicología, medicina; escritores y poetas; críticos y periodistas; directores de grandes centros culturales... pero, en definitiva, amigos de Manuel Rodríguez. Y todo ello, gracias a D. Ramón Burgos quién siempre quiso participar en la cita del pintor con la capital nazarí.

Como decía Melchor Almagro allá por el año 1925 en *El Defensor de Granada*, “De los tratados de Mística y Ascética –se dijo- han pasado al lenguaje común de las gentes, una acepción figurada del verbo edificar, no alusiva ya simplemente a las fábricas materiales, sino a construcciones de noble traza moral. Edificar así vale tanto como infundir en otras almas las virtudes que entonan las nuestras. Y es de esta manera como Granada debe marcar sus plazas y calles con piedras consagradas a la memoria de los que fueron: aprendiendo la lección de fortaleza, de trabajo, de ímpetu creador que ellos puedan dar. Edificándose, pues, a sí propios, sobre cimientos de ejemplaridad”. En 2010, lo ha dispuesto el Ayuntamiento de Granada, al brindarle al pintor la posibilidad de mostrar su obra en un lugar tan relevante como el Centro Cultural Gran Capitán. Es una ocasión inmejorable para que la ciudad se reencuentre con el artista y este con la ciudad. En la seguridad de que esa cita dará sus frutos, no queda por menos que darle las gracias a quién lo hizo posible en nombre del consistorio, D. Juan García Montero, Concejal de Cultura y D. Juan Antonio Mérida, Teniente de Alcalde de la capital.

Finalmente, si a mí, que no soy crítico sino modesto presentador y entusiasta espectador, me hiciesen definir con una sola palabra la obra de Manuel Rodríguez, diría que es mágica. Y, casi con vehemencia, añadiría otra palabra dirigida a ustedes: “véanla”.

*Juan de Dios Rodríguez Bailón*